Artículos ABC 29 abril 1952

53

LOS SUCESORES DE CARLSEN

DESDE que el capitán Carlsen se mantuvo impávido y terne en el "Flyng Enterprise" a hoy, son varios los marinos que, igual que él, se han negado a abandonar su zozobrante embarcación y han permanecido en el puesto de mando hasta que fué auxiliada o hasta que se hundió irremediablemente. Así se demuestra que uno de los grandes bienes del heroísmo son sus metástasis, esto es, sus siembras a distancia, y cómo la enorme fuerza ejemplarizadora de un hecho heroico prende, en latitudes y longitudes remotas, y determina inesperadas floraciones. De ahí la importancia del héroe y de ahí también la responsabilidad del que, convocado por la vida, en una contingencia cualquiera, a serlo, no lo es. El héroe prende su mensaje en las ondas, pero no sabe dónde esas ondas van y cuánto tiempo dura su vigencia, ni quiénes han de recogerlas. Pueden pasar años y aun siglos, y, a despecho de esos enormes lapsos de tiempo, mantenerse fecundas. El ejemplo de Numancia enardeció el ánimo de los zaragozanos cuando el sitio napoleónico. (Palafox, por cierto, dispuso que se representara "Numancia" ante sus huestes. Los versos cervantinos, cuentan las crónicas, fueron oídos con fervor; sus parlamentos, aplaudidos con entusiasmo, y la voluntad de resistir—verbo español éste, por excelencia—, reafirmada). Entre los muros del Alcázar de Toledo, que la Artillería enemiga mutilaba, el nombre de Zaragoza sirvió de estímulo a sus cadetes. Del Alcázar de Toledo se habló mientras la Abadía de Monte Cassino luchaba, y, Dios sabe a qué nuevas empresas del mañana se abanderarán esos nombres que el esfuerzo de unos soldados ha dotado de tan marcial resonancia. Así, el que se defiende de la adversidad, sea cual sea la estirpe de esa adversidad y su encono, no sólo se defiende a sí mismo: defiende a los que, después de él, verán reproducidas en su torno análogas circunstancias. De parecida forma, la deserción, la debilidad o la cobardía de quienes incurren en ella producen estragos, cuya órbita rebasa los límites naturales de su germinación. No importa, al menos desde un punto de vista objetivo, cuál sea el resultado final: se puede sucumbir como en Santa María de la Cabeza y Simancas o salvarse como en Baler: eso ya es ajeno al esfuerzo, a la voluntad y al temple de los actores que intervienen en la pugna y a los cuales unas veces la suerte sonríe y otras, no. Lo importante es la pugna en sí, esto es, la conciencia formada de oponerse a un destino que se presagia oscuro y de forcejear, con los manes hostiles, hasta la última posibilidad.

Cierto que la patética disputa entre el Atlántico y Carlsen se resolvió, valga la frase, con una fórmula transaccional. El "Flyng Enterprise" no llegó a puerto, pero Carlsen no sucumbió tampoco. Algunos esteticistas, algunos cómodos alentadores del valor ajeno, echaron de menos una más rotunda solución, ya que no la optimista del triunfo, sí la dramática y romántica del sacrificio final. Carlsen pactó, y, en el postrer minuto, ya no recuerdo si sobre el frágil e improvisado teleférico que le reunía al destroyer de escolta, o sobre una almadía de urgencia, se libró de la muerte. Pero la verdad es que el ejemplo estaba dado, la actitud marcada y la norma inscrita de nuevo, con nuevo espíritu, en el caballeresco código de los navegantes del mar.

Ahora, al producirse en diferentes océanos análoga peripecia, el nombre del marino danés vuelve a airearse. Seguro es que, en los fastos de la náutica universal, el gesto de Carlsen tiene no sólo precedentes, sino gloriosas superaciones. Pero su nombre será el que se evoque durante los años venideros, y su memoria la que servirá de guía a cuantos esforzados marinos anoten, de la misma forma, su cuaderno de bitácora. Sólo que estos epígonos habrán de no sentirse sorprendidos si su soledad sobre las tablas del barco amenazado es casi completa, y si sólo la angustia de sus allegados y de los consignatarios, de bien distinto signo una y otra, le envía mensajes de aliento. Carlsen permanecía firme en el puente, mientras un techo de aviones amigos trazaba en su honor rúbricas de saludo, los "boys" de la "Navy" le coronaban de hurras entusiastas y los remolcadores se empavesaban orgullosos de unirse a su destino; pero la atención de las gentes es movediza y con dificultad se prende dos veces a un mismo relato. Todos sabemos quién fué el que por vez primera voló de Nueva York a París. ¿Quién sabe cómo se llamaba el que voló la segunda? No ya el segundo turno, en el ciclo Carlsen, sino el quinto o el sexto, le ha correspondido al humilde patrón de un barco español, el "Selo", embarrancado doce millas al Sur de Denia, cuyo infausto rumbo notificaban las agencias hace unos

Cont

El capitán Curt Carlsen en el momento de embarcarse en el nuevo "Flyng Enterprise", en Mobile Alhabama, Estados Unidos.

días. Deduzco, del silencio posterior de la Prensa, que el "Selo" se encuentra a salvo en cualquier puerto mediterráneo, y me congratulo de ello. Así se ha evitado su capitán el riesgo, y la compañía armadora, la catástrofe. Así también se ha ahorrado este quinto o sexto Carlsen, de menor fuste, la amargura de una arribada sin operadores cinematográficos y sin charangas municipales, sin medallas honoríficas y sin titulares a tres columnas si con todo eso soñaba. Se ha ahorrado, igualmente, y eso es ya más satisfactorio y cuadra el balance, el disgusto de saber que en el café provinciano algún cansino lector cerraba su periódico con un ademán de fatiga y gruñía destempladamente: "Vaya... ¡Otro mono de imitación!..."

Las cosas hay que aceptarlas tal como vienen y es inútil rebelarse: por un cierto tiempo, y en tanto el recuerdo de Carlsen se mantenga vivo, aguantar a bordo, en la singladura del infortunio, dará como único dividendo—primas aparte—la satisfacción del deber cumplido. Pero no la gloria.

Joaquín CALVO-SOTELO